

EL ENFERMERO(A) ENCARGADO(A) DE LA SALUD DEL MONASTERIO*

El designio de Dios en relación con los hombres es que tengan vida en abundancia (Jn 10,10). No es suficiente el existir. Es preciso vivir con plena salud. ¿Qué se entiende por plena salud? Es un estado de total bienestar físico, mental y social. La vida es un don de Dios y la salud es una señal o manifestación de la Vida.

La sociedad de hoy, obsecada en la producción y en el consumismo, margina el mundo de los dolientes por ser improductivo y dispendioso. Para la Iglesia ese mundo debe ser como el de aquellos pobres a los cuales el Evangelio se dirige con prioridad y a quienes el Documento de Puebla no se cansa de recomendar.

Quiero saludar a CIMBRA que, en hora propicia y en tiempo oportuno, despertó respecto de la importancia vital del Enfermero en nuestras Comunidades. Somos así también coherentes con los principios normativos de vida de nuestro Padre san Benito cuando él mismo, en su Regla, dedica un capítulo especial a los hermanos enfermos que se condensaría en tres puntos:

1. actitud sobrenatural en el Enfermero y en los enfermos;
2. cuidado que debe tener el Abad para que no haya negligencias en este aspecto; y
3. la responsabilidad del Abad al elegir al hermano encargado de cuidar a los enfermos en la casa de Dios.

A partir de estos principios que provienen del Evangelio, de Puebla y de la Regla, abordaremos el tema de hoy considerando los siguientes aspectos:

- La elección del Enfermero y de sus auxiliares: cualidades humanas y cristianas.
- Formación técnica elemental y permanente.
- Relaciones del Enfermero con el enfermo.
- Relaciones del Enfermero con los otros miembros de la Comunidad y de los miembros de la Comunidad con el enfermo.
- Relaciones del Enfermero con el Médico.

*. De *Em Comunhao*, maio-junho 1984, 54.

Charla dada en la reunión del CIMBRA, realizada en Emaús entre el 14 y el 19 de mayo de 1984.

DESARROLLO

LA ELECCION DEL ENFERMERO Y DE SUS AUXILIARES: CUALIDADES HUMANAS Y CRISTIANAS

El Monasterio debería ser el lugar donde se pudiera encontrar al ser humano más realizado, más feliz, porque está más lleno de Dios. El monje es el hombre de Dios. Pero la Gracia de Dios supone una naturaleza. *Mens sana in corpore sano*. En un cuerpo sano habita un alma sana. Esta naturaleza es humana, esto es, sujeta a desequilibrios bio-psíquico-sociales desajustando la salud plena del monje. Es necesario en esto no ser tan radical y eliminar el aspecto positivo del malestar, del dolor, del sufrimiento, que es redentor y que cobra más sentido en la medida misma en que le damos sentido a nuestra propia vida.

¿Qué clase de persona debe ser elegida por el Abad para prestar este servicio en el Monasterio?

En la elección del Enfermero y de sus auxiliares se debe considerar, antes que nada, que sea *un siervo temeroso de Dios, diligente y solícito* (Regla de san Benito, 36 - 7 b), lo que implica, necesariamente, tener cualidades humanas y cristianas.

TEMEROSO DE DIOS

El temor de Dios, que es el primer y el fundamental Don del Espíritu Santo, debe manifestarse también en el servicio con los hermanos enfermos, santificando todos los trabajos por pequeños y modestos que sean hasta que el enfermo se levante ya curado para la alabanza de Dios o sea llamado a la eternidad.

Puedo afirmarles que es un misterio comprometedor, gratificante y grandioso, a pesar de las dificultades, cuidar de alguien consagrado al Señor. Y aun digo más, todo esto fructifica en una profunda actitud de Vida. Vida que es Vida de Dios en nosotros ya que Dios está en mí, Dios está en mi hermano enfermo, Dios está en nosotros. Por esto mismo, toda actitud, todo gesto y toda palabra nuestra está cargada de un gran peso que, cuando se realiza en la dimensión de Dios, tiene el poder de elevar, transformar y curar. En cambio, desprovisto de Dios hiere mucho más que si proviniera de alguien que no es consagrado. Recordemos, hermanos, que nosotros prolongamos y celebramos en esas acciones el sacrificio de Jesucristo en su entrega incondicional a la Voluntad del Padre en favor de sus hermanos.

Hermanos, estamos convocados muy particularmente por el Espíritu Santo para vivir en comunicación con Dios, lo que requiere, de parte de nuestro ser humano, una actitud de escucha. Escuchar es estar disponible pues la palabra sólo penetra en los seres no colmados, no cerrados. ¡Escuchar es abrir el corazón! Es lo que san Benito nos pone en la Regla: *Escucha hijo, inclina el oído de tu corazón*. Escuchar es guardar silencio, según Juan de la Cruz. El Padre dice una Palabra; es su Verbo, es su Hijo. ¡El la pronunció en un silencio eterno! Es en el si-

lencio que el alma escucha. En síntesis: una escucha de amor que lleva a una realización de amor. La virtud de una comunidad depende de la virtud del saber escuchar de sus miembros.

El Enfermero tiene conciencia de sus limitaciones para lo que Dios le propone. Por eso cada día recorre incansablemente y de manera nueva el camino de la perfección que pasa, primero, por el crisol del renunciamiento de la conversión.

Pero la misma situación de tener enfermos y también de poder tratar al enfermo hace surgir en el Monasterio la Gloria de Dios y se manifiesta cada vez más concretamente y de manera perceptible el verdadero amor que elimina el temor.

CUALIDADES HUMANAS NECESARIAS EN EL ENFERMO

Es imprescindible que sea una persona humanamente madura, lo que quiere decir, tener:

- equilibrio emocional; el enfermo debe mantener una distancia psicológica para que no se deje dominar por el enfermo ni por la enfermedad;
- alegre;
- optimista; saber despertar en el enfermo el deseo de vivir;
- capaz de buena relación, de relación sana;
- suficiente preparación técnico-profesional;
- que sepa "perder el tiempo", es decir, saber escuchar;
- ser acogedor y paciente;
- que muestre al enfermo que toda la comunidad está interesada en su recuperación y reintegración en la comunidad.

Entre las cualidades cristianas destacamos, como prioritarias, el espíritu de sacrificio, de abnegación, de entrega incondicional a los otros. Y que sepa mantener el lugar reservado para Dios a través de su campo de acción.

Las actividades del Enfermero no pueden ser sólo una aproximación técnica o estrictamente formal sino que debe ser un "ver", es decir, un encuentro, comprensión, conocimiento del enfermo como persona en todas sus dimensiones. Al ser el Enfermero una persona madura proporcionará al enfermo seguridad, confianza y a la comunidad bienestar por la certeza de que sus enfermos están en buenas manos.

SER DILIGENTE

Evidentemente, no se puede dispensar al Enfermero de tener competencia técnico-profesional o, por lo menos, una cierta inclinación, gusto e interés por ese trabajo. Es de fundamental importancia que el Enfermero sea una persona con vocación, una persona determinada destinada a una tarea determinada. Es preferible esta cualidad a la preparación fría que puede hacer sufrir más al enfermo. Con todo, no se puede prescindir de los medios de que hoy disponemos para actualizar el perfeccionamiento profesional: revistas, Cursos, Pastoral de la Salud, etc. Si el enfermero se queda en un conocimiento cerrado de su trabajo tenderá a desanimar-

se y a atrofiarse. Es necesario que sea ingenioso, que tenga sed y necesidad de nuevas formas de enriquecimiento de su tarea que debe ser un trabajo de Iglesia al estar integrado en la Pastoral de la Salud de su Parroquia o Diócesis.

SER SOLICITO

Es condición gemela de la diligencia. Ser solícito es tener un corazón vigilante de las necesidades del enfermo. Debe saber escuchar con la cabeza lo que le dicen, con el corazón lo que no le dicen, escuchar con el cuerpo todo cuanto pueda ser dicho o imaginado. Como es fácil entender, toda nuestra acción de enfermería en el monasterio proviene de una concentración en lo esencial para hacerse sensible a los signos de las necesidades y hasta anticiparlas. Es un estar con las "antenas alertas". ¿No sería humillante para el enfermo tener que recordarle repetidas veces sus necesidades? ¿No sería como si no nos anticipáramos en el honrarnos?... ¡Las bendiciones de Dios brotarían más abundantes sobre nuestras Comunidades; Consideremos el detenerse, el atender de Cristo a los enfermos. ¡Con qué cariño, delicadeza y prontitud los atendía! La primera señal mesiánica fue una curación. Por esto mismo, el lecho del enfermo es como el altar en el cual se complementa el sacrificio de Cristo que inaugura e instala Su Reino.

LA RELACION DEL ENFERMERO CON EL ENFERMO

No parecería necesario el hablar de este tema a personas que son Religiosas. Pero como seres humanos que son no todo siempre es completo y perfecto principalmente en el nivel de las relaciones humanas.

El hombre es un ser social por naturaleza. Sólo se realiza y se completa viviendo gregariamente con otras personas con las cuales establece un intercambio de beneficios. Es conocido el proverbio: *Quien se aísla, se empobrece*. Refleja toda la verdad y necesidad que el hombre tiene de vivir en comunidad. Por las fuerzas de las circunstancias el enfermo se encuentra obligado a la inactividad, apartado de sus responsabilidades, entregado al cuidado de otros, encerrado en el ambiente restringido de una habitación y hasta retenido en un lecho; experimenta, en intensidad, la soledad y la dependencia que interrumpe la reciprocidad, la dedicación mutua habitual. Es ahí, en esas condiciones, donde el enfermero es alguien muy importante. Es preciso que mantenga una relación sana, es decir, una relación con su paciente que evitará, por una parte, la sobreprotección y, por otra, no herirá su libertad imponiendo autoritariamente decisiones inoportunas. La sobreprotección no forma sino que deforma en cuanto impide a la persona desarrollar sus potencialidades llevando a una dependencia infantil. Para que esto se evite es indispensable la madurez como condición *sine qua non* para que el enfermero tenga aptitudes de tal y sólo entonces la relación humana estará garantizada como germen positivo para el bienestar del enfermo, para un sentirse bien en el crecimiento de ambas partes sin dejar lugar a dudas ni equívocos.

Es importante recordar que en la enfermedad la persona se muestra como ella es pues las fuerzas debilitadas no ayudan a asumirse ajustadamente. De ahí que el enfermero debe estar fuertemente provisto de fe y asistido por el apoyo moral de la Comunidad para no desfallecer él y, tal vez, quebrarse. El Abad debe ser

su primer sostén en los momentos difíciles.

En contactos directos como: la expresión con gestos aparentemente insignificantes pero, sin embargo, cargados de calor humano y de una gran fuerza de fe; el ofrecer un vaso de agua; la administración de medicamentos; la conversación como la presencia silenciosa, está la intención de llevar al corazón del enfermo una esperanza, una alegría y un sentir el afecto junto a él. ¡El amor salva! Si para una persona sana el sentirse querido condiciona su tranquilidad y realización ¿qué no significa para un enfermo y qué no para ese enfermo que es persona consagrada? Es que el trato con el que sufre no es solamente una cuestión de inteligencia y de competencia científica sino también una cuestión de corazón y tacto. ¡Es de competencia del Espíritu! Conscientemente es a Cristo a quien sirvo en la persona de mi hermano enfermo.

El Enfermero estará atento y observante del estado del paciente para que, en tiempo oportuno, le sean administrados los sacramentos ya que éstos integran al enfermo en la vida comunitaria a pesar del aislamiento causado por la enfermedad. Otra preocupación del Enfermero con el paciente es procurar que su tiempo se mantenga ocupado lo que dependerá, lógicamente, de las posibilidades del paciente. Debe cuidar que tenga accesibilidad a las lecturas, a las pequeñas actividades que puedan ayudarlo en su recuperación. Por esto el Enfermero debe conocer algo de terapia ocupacional.

LA RELACION DEL ENFERMERO CON LA COMUNIDAD Y DE LA COMUNIDAD CON EL ENFERMERO

En las Comunidades en las cuales se tiene en cuenta la función del enfermero, las relaciones de la Comunidad con el mismo ayudan a restablecer las energías y la confianza recíprocas llevando a la comprensión, al conocimiento de las dificultades del Enfermero, al apoyo y al interés. El Enfermero es el instrumento de información para la Comunidad sobre la situación de los enfermos. Es por esto que debe merecer absoluta confianza. Las virtudes que la Comunidad más desea en él son: dominio de sí mismo, modestia, discreción, dedicación, responsabilidad, espíritu de sacrificio en el buen sentido, que sea valeroso y firme y que tenga un corazón sencillo y sabio. Toda su relación debe mantenerse en una información objetiva:

- saber qué hablar del enfermo
- cuándo hablar sobre el enfermo
- cómo hablar sobre el enfermo.

Esto presupone mucha madurez, equilibrio y espíritu de discernimiento. Consecuentemente se hace importante la competencia profesional pues sólo así el trabajo merecerá respeto por parte de la Comunidad, autonomía y determinación. Esto no quiere decir que el Enfermero no sea "todo oído" para las sugerencias de los hermanos de la Comunidad. Así se mantiene la paz, el bienestar, el equilibrio y la tranquilidad en la enfermería del Monasterio. El enfermo no puede ser marginado por la Comunidad, considerado como alguien que perturba sino como alguien importante en la construcción del Reino de Dios. Alguien que con sus do-

lores y sufrimientos asumidos contribuye, de manera extraordinaria, a la salvación de la Comunidad. Si se piensa así cabe a la Comunidad prestar, prioritariamente, asistencia al sufriente con amor solidario. En una Comunidad de Vida donde Dios es el centro un enfermo es querido y visitado.

En un cuerpo, todo el organismo contribuye a la curación del miembro sufre. Esto también sucede en el Cuerpo Místico de Cristo. El enfermo no se aísla de la Comunidad. Espera de cada miembro de la Comunidad el mismo gesto y la misma actitud de Jesús: aproximación, interés, diálogo y algo que sea significativo, o, mejor, una presencia que comunique la propia interioridad. Como María cuando visitó a su prima Isabel, grávida, es decir, llena del Espíritu Santo, plena de alegría, abierta a las necesidades y atenta y sensible a los signos del momento.

LA RELACION DEL ENFERMERO CON EL MEDICO

Esta relación debe estar basada en el respeto y en la confianza recíproca. Implica, necesariamente, una elección criteriosa por parte del Enfermero con acuerdo del Abad, del médico del Monasterio pues éste, además de su dedicación a curar debe poseer una delicada y respetuosa atención hacia la persona del enfermo. Si así procede surgirá, además del contacto formal, una relación realmente humana que se concretará en conversaciones que animen con objetividad, en palabras de estímulo y esperanza que levante el espíritu. En lo práctico esto significa que el médico y el Enfermero deben mantener, en beneficio del enfermo, una comunicación clara y precisa, sobre la situación del enfermo. Uno y otro deben tener informaciones complementarias para un buen diagnóstico, tratamiento y pronóstico.

Conforme con el código de ética, en su artículo octavo, el Enfermero debe ejecutar las prescripciones médicas con inteligencia y lealtad y rechazar comprometerse en actos que estén en desacuerdo con la ética. Por el artículo nueve el Enfermero debe procurar mantener la confianza que el paciente deposita en el médico.

CONCLUSION

Queridos hermanos: que esta reflexión nuestra pueda ayudar al empeño de conservar la SALUD PLENA en nuestras comunidades. La felicidad no se distribuye en cápsulas o inyecciones. Está en el trabajo responsable de una actividad humana correcta e interiorizada, preventiva y vigilante de BUEN PADRE que vela para que la VIDA EN EL MONASTERIO SEA PLENA. ¡No está solamente en las múltiples actividades ni en las estructuras rígidas! No está solamente en la organización, en las cualidades intelectuales, humanas, sino, mucho más en la INTERIORIDAD que lleva a la persona a una REALIZACION PLENA evitando que las dolencias de origen estrictamente psíquico se multipliquen teniendo en cuenta que, muchas veces, las cualidades de los hermanos son para el obrar y no que el obrar determina las condiciones de los hermanos. De allí puede sobrevenir una sobrecarga a nivel emocional que degenera en dolencia psicósomática. Junto al Abad, como PADRE DEL MONASTERIO, cuidadoso y sabio, hay que ubicar las personas determinadas para las ocupaciones determinadas. Esto lleva a una realización

de la persona humana y, por qué no decirlo, de la MISION Y VOCACION RELIGIOSA. Como se ve, el éxito del Enfermero depende de los pasos acertados que dé el Abad en la dirección de cada miembro de la Comunidad. Sólo así el Monasterio será aquel "FUEGO" irradiante de humanismo perfecto donde Dios tiene lugar para realizar SUS MARAVILLAS.

Queridos Enfermeros, nuestra lucha es ardua pero sublime y divinizada por Cristo Jesús. Valoricemos nuestra profesión perfeccionándonos en beneficio del prójimo hasta alcanzar la plena madurez en Cristo.

Que Dios fecunde nuestro trabajo y centuple el bien realizado y los esfuerzos en preservar la VIDA en nuestras enfermerías, en nuestras comunidades. *Yo he venido para que todos tengan vida y la tengan en abundancia...* Y EL pasó por entre los hombres haciendo el BIEN.

*Traducción del portugués
por María Delia Alonso, osb – Monasterio Gaudium Mariae*

M. Edeltraut LERCH, osb

La fe en el Evangelio y, a través de él, en Cristo que lo proclamó, conlleva un conocimiento que trasciende en mucho el horizonte de la ciencia, pero sin romper jamás con ella. De ahí deriva *su influjo en el campo educativo*, hasta el punto de que no sería integral una educación cerrada al Evangelio en sus programas; como tampoco se concibe un Evangelio desprovisto de valor educativo.

Viaje apostólico de Juan Pablo II a Latinoamérica
Febrero 1985